

SIXTA SECCIÓN

ESTRATEGIA DE DESARROLLO ECONÓMICO EN BRASIL

LA ECONOMÍA POLÍTICA DE LOS GOBIERNOS DE FHC, LULA Y DILMA: DOMINACIÓN FINANCIERA, BLOQUE EN EL PODER Y DESARROLLO ECONÓMICO*

RODRIGO ALVES TEIXEIRA**

EDUARDO COSTA PINTO***

INTRODUCCIÓN

En una conferencia en Washington, publicada en el cuaderno *Más!* del periódico *Folha de São Paulo* el 28 de mayo de 1995, el entonces presidente Fernando Henrique Cardoso (FHC-1995) colocó correctamente el desarrollo como “el más político de los temas económicos”. No obstante, su gobierno fue el que consolidó la falsa visión, difundida por la teoría económica ortodoxa, de que la conducción de la política macroeconómica era una cuestión técnica que debería aislarse de los debates políticos.

El presente capítulo tiene como objetivo analizar la relación de la política macroeconómica y el desarrollo económico con sus condicionantes políticos, desde 1995 hasta los días actuales (gobiernos de FHC, Lula y Dilma), a través del abordaje de la economía política. Al adoptar tal método, el análisis de la política económica y la de sus resultados no quedarán restringidos sólo al campo de los debates de la teoría económica strictu sensu y sus soluciones “técnicas” prescriptivas que varían a depender de la concepción teórica. Por el contrario, se parte del supuesto de que la adopción de determinada política económica es una consecuencia: 1) de los condicionantes externos vinculados, en el caso brasileño, a su condición periférica y dependiente de la economía mundial; 2) de los condicionantes internos asociados a la interacción y conflictos de intereses económicos y políticos de las fracciones de clase en el bloque en el poder y en sus desenlaces en el Estado.

* Texto traducido del portugués al español por Monika Meireles y Arturo Guillén.

** Profesor del Departamento de Economía y del Centro de Estudios de Posgrado en Economía Política de la Pontificia Universidad Católica de São Paulo (PUC-SP), Brasil.

*** Profesor adjunto del Instituto de Economía de la Universidad Federal de Río de Janeiro (UFRJ), Brasil.

A la luz del objetivo propuesto y del método utilizado, se pretende responder a las siguientes cuestiones: ¿cuál fue la dinámica de las relaciones entre el Estado y las fracciones que componen el bloque en el poder entre los gobiernos de FHC y Lula?, ¿cuáles son las modificaciones del bloque en el poder y en las relaciones entre éste y el Estado en el gobierno de Dilma?, ¿en qué medida se han alterado las posibilidades de desarrollo del país como consecuencia de tales cambios?

Además de la introducción, el capítulo se divide en otras cuatro secciones. En la primera se describen los principales pilares teóricos de la economía política que servirán como hilo conductor del análisis: las nociones de dependencia, dominación financiera, bloque en el poder y el Estado. En esta sección se toman consideraciones sobre el gobierno del FHC, caracterizando la nueva forma de la dependencia externa que se establece y se consolida en su gobierno, y la configuración del bloque en el poder que será heredada por el gobierno de Lula. En la sección dos se pretende analizar el patrón de crecimiento económico del gobierno de Lula, destacando las relaciones entre las dimensiones económicas (política económica y régimen de crecimiento) y políticas (relaciones entre clases, bloque en el poder y el Estado). En la sección tres se discute la dinámica inicial del gobierno de Dilma, buscando identificar los posibles cambios que se han procesado en el interior del bloque en el poder. Por último, se busca alinear algunas ideas a modo de conclusión, en particular las posibilidades que se abren para la reanudación del desarrollo económico.

DEPENDENCIA Y DOMINACIÓN FINANCIERA, BLOQUE EN EL PODER Y ESTADO: CARACTERIZACIÓN TEÓRICA E HISTÓRICA

En esta sección se presentan las concepciones teóricas que orientan el trabajo, en particular los conceptos de dependencia, dominación financiera y bloque en el poder. Además, se hacen algunas consideraciones acerca del gobierno FHC, que fue decisivo para dar los contornos del bloque en el poder con el que se enfrentó al gobierno del PT en 2003. Tales consideraciones parten de Teixeira (2007) y de Pinto (2010), en que el lector podrá encontrar mayor detalle de la citada caracterización.

El método utilizado, en contra del predominio actual de las ciencias económicas que basan sus análisis en el individualismo metodológico y en la separación entre economía y política, rescata los conceptos de: clases sociales, bloque de poder y Estado, además de la noción de dependencia, en un abordaje de economía política, para la cual son inseparables el análisis económico y la dimensión política (relaciones de poder).

Dependencia, dominación financiera y gobierno de FHC

No se entrará en los numerosos debates entre los teóricos de la dependencia. Se atiende aquí a una visión, aquella desarrollada por Fernando Henrique Cardoso (que llega al poder en Brasil en 1994): la versión del desarrollo dependiente-asociado. El motivo es que, como se argumenta, la concepción de Cardoso de las décadas de 1960 y 1970 sobre la noción de desarrollo dependiente-asociado, permaneció igual en la década de 1990,¹ e incluso orientó los aspectos fundamentales de la inserción externa brasileña durante sus dos mandatos presidenciales (1995-2002).

En su texto clásico, Cardoso y Faletto (1975) desarrollaron el concepto de dependencia a partir de una crítica a las limitaciones de dos grandes interpretaciones sobre el Brasil de los años 1960 y 1970: 1) la limitación de la teoría cepalina, suponiendo un Estado monolítico y esclarecido para conducir el proceso de industrialización que llevaría al desarrollo, no tratando los conflictos entre clases y grupos sociales en el interior del Estado; 2) la limitación de las teorías del imperialismo e incluso de otros teóricos de la dependencia, para los cuales no habría perspectivas al desarrollo por la vía capitalista y dependiente, en particular, porque el “imperialismo”, representado por las empresas multinacionales y los Estados de los países desarrollados interesados en mantener la condición de subdesarrollo y de la orientación rural y agrario exportadora de los países periféricos. Así, mientras los análisis cepalinos y las teorías del imperialismo trataban las relaciones entre naciones periféricas y centrales desde una perspectiva reduccionista, puramente economicista (CEPAL) o mecanicista (teorías del imperialismo), para Cardoso y Faletto, el análisis del subdesarrollo y la dependencia debería tener en cuenta las relaciones entre sistema económico y sistema político y social:

Hay que buscar los puntos de intersección del sistema económico con el sistema social, a través de los cuales se revelan los nexos y la dinámica de los diferentes aspectos y niveles de la realidad que afectan las posibilidades de desarrollo. De forma esquemática, se puede decir que el problema del control social de la producción y del consumo constituye el eje de un análisis sociológico del desarrollo orientado desde esta perspectiva. En efecto, la interpretación sociológica de los procesos de transformación económica requiere el análisis de las situaciones donde la tensión entre los grupos y las clases sociales revele las bases de sustentación de la estructura económica y política (Cardoso y Faletto, 1975:24).

¹ Esto es reforzado por los textos en que retoma su obra anterior, ya en los años 1990. Véase Cardoso (1994) y Cardoso (1995).

Al caracterizar la situación de dependencia, Cardoso y Faletto dejan claro que no se trata de una relación de dominación impuesta de afuera hacia adentro. Los lazos de dependencia son reproducidos por las relaciones entre clases y grupos sociales domésticos y externos, de manera que la dependencia tiene raíces en el interior de la economía dependiente y el propio subdesarrollo deja de ser sólo un concepto económico para convertirse en un concepto sociológico:

La dependencia encuentra así no sólo “expresión” interna, sino también su verdadero carácter como modo determinado de relaciones estructurales: un tipo específico de relación entre las clases y grupos que implica una situación de dominio que mantiene estructuralmente la vinculación económica con el exterior. En esta perspectiva, el análisis de la dependencia significa que no se debe considerar como una “variable externa”, sino que es posible analizarla a partir de la configuración del sistema de relaciones entre las diferentes clases sociales en el ámbito mismo de las naciones dependientes (Cardoso y Faletto, 1975:31).

Para caracterizar los cambios en el tipo de dependencia que vinculaba a la economía brasileña a la mundial, los autores atentan para el aumento de las inversiones de las empresas extranjeras en el país, en particular, a partir del Plan de Metas. Defienden que estaría habiendo la configuración de una nueva situación de dependencia, diferente a la que derivaba de la vieja división internacional del trabajo, en que los países periféricos se insertan como exportadores de bienes primarios, dependiendo de la demanda externa para su desarrollo. En esa nueva coyuntura, la burguesía industrial nacional se convierte en “socia menor” del capital extranjero, limitándose a los sectores industriales tradicionales, mientras que el capital extranjero domina los sectores más dinámicos. La línea política a continuación, especialmente después de 1964, continuó siendo, por lo tanto, desarrollista, pero neutra en lo que se refiere al control nacional o extranjero de la economía. Se destaca la novedad de esta interpretación:

La novedad de la hipótesis no está en el reconocimiento de la existencia de una dominación externa —proceso obvio— sino en la caracterización de la forma que ella asume y de los efectos distintos, con referencia a las situaciones pasadas, de ese tipo de relación de dependencia entre las clases y el Estado. Destacamos que la situación actual de desarrollo dependiente no sólo supera la oposición tradicional entre los términos desarrollo y dependencia, permitiendo incrementar el desarrollo y mantener, redefiniéndolos, los lazos de dependencia, como se apoya políticamente en un sistema de alianzas distinto de aquel que en el pasado aseguraba la hegemonía externa (Cardoso y Faletto, 1975:141).

Los intereses externos están ahora vinculados a la producción para el mercado interno, llevando a un desarrollo industrial de la periferia que “minimiza los efectos de la explotación típicamente colonialista y busca solidaridades no sólo en las clases dominantes, sino en el conjunto de los grupos sociales ligados a la producción capitalista moderna: asalariados, técnicos, empresarios, burócratas, etc.” (Cardoso y Faletto, 1975:142). Así, para ellos, el nuevo carácter de la dependencia habría eliminado la oposición entre dependencia y desarrollo, abriendo espacio para un tipo de desarrollo “dependiente-asociado”.

En resumen, los elementos centrales de esta “nueva dependencia” son:

- 1) La internacionalización del mercado interno por la cual las empresas extranjeras buscan traer sus plantas productivas a los países periféricos, buscando el mercado interno.
- 2) El cambio en el tipo de dependencia, que deja de ser una dependencia del mercado externo para la dependencia de las inversiones y la tecnología extranjeras.
- 3) Se reorganizan los vínculos entre elites domésticas y grupos extranjeros, de forma que la burguesía doméstica se vuelve socio menor de los intereses del capital extranjero en el país. Así, las decisiones de inversión se transfieren cada vez más al exterior, haciéndose más dependientes de las estrategias globales.
- 4) En la nueva situación, a pesar de permanecer en situación de dependencia, la forma de los lazos de dependencia se altera, de manera que la oposición entre dependencia y desarrollo, presente tanto en las ideas de la CEPAL como en las teorías del imperialismo y en las teorías de la dependencia, ya no era válida. Esto porque las empresas extranjeras ejercían un papel cada vez más importante en la industrialización de la periferia, que era fundamental para la superación del subdesarrollo.

Esta versión de la teoría de la dependencia pasa a ser voz disonante en la izquierda,² dado su optimismo en cuanto a las posibilidades de desarrollo,

² Cardoso (1980) se mostró contrario a los demás teóricos de la dependencia que defendían tesis como la del “desarrollo del subdesarrollo”, de André Gunder Frank y las tesis del “subimperialismo” y de la “superexplotación”, de Ruy Mauro Marini, que afirmaban, en general, el avance del capitalismo en la periferia y el aumento de la marginación. En el último aspecto, también se refiere al trabajo clásico de Francisco de Oliveira (Oliveira, 2010), “Crítica de la razón dualista”, en la que este autor argumenta sobre la funcionalidad de las formas “arcaicas” de explotación del trabajo para la acumulación en el sector moderna. Cardoso escribe que tales mecanismos de extracción de plusvalía absoluta (las formas arcaicas) pueden haber sido importantes al inicio de la acumulación capitalista, pero que tenderían a desaparecer con el desarrollo capitalista, pues él está propenso a traer el avance tecnológico, o sea, la búsqueda de plusvalía

en contraste con las tesis que no veían posibilidades de desarrollo por la vía capitalista y sin romper los lazos de dependencia con los Estados imperialistas y el gran capital monopolista internacionalizado. Según Cardoso (1980: 105), hay dos formas de concebir el desarrollo capitalista: *a*) existen los que creen que el “capitalismo dependiente” se basa en la superexplotación del trabajo, es incapaz de ampliar el mercado interno, genera incesantemente desempleo y marginalidad, y presenta tendencias al estancamiento y a una especie de constante reproducción del subdesarrollo (como Frank, Marini y, hasta cierto punto, de los Santos); *b*) existen los que piensan que, al menos en algunos países de la periferia, la penetración del capital industrial-financiero acelera la producción de plusvalía relativa, intensifica las fuerzas productivas y, si genera desempleo en las fases de contracción económica, absorbe mano de obra en los ciclos expansivos, produciendo en este aspecto un efecto similar al del capitalismo en las economías avanzadas, donde coexisten desempleo y absorción, riqueza y miseria. Personalmente, creo que la segunda explicación es más consistente, aunque el tipo de “desarrollo dependiente-asociado” no es generalizable para toda la periferia.

Una constatación importante es que no había, como se ha expuesto anteriormente, cualquier incoherencia entre FHC sociólogo y el presidente.³ La noción del desarrollo dependiente-asociado se mostró, décadas después, perfectamente coherente con los vientos del neoliberalismo, lo que se puede aprehender del discurso pronunciado por el entonces presidente Cardoso en Washington, cuando retomó sus ideas sobre la teoría de la dependencia (Cardoso, 1995).

Para mostrar la convergencia entre la versión del desarrollo dependiente asociado y el neoliberalismo, es necesario valerse del concepto de afinidades electivas, de Max Weber, que es el mismo método utilizado por él en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, para estudiar la convergencia entre una corriente religiosa (la ética protestante) y el ethos económico (el “espíritu” del capitalismo).

relativa, que se volvería predominante en la acumulación. Cardoso critica también la tesis de Marini de que los países periféricos estarían ante una encrucijada “socialismo o fascismo”, acusándolo de catastrofista. Para él, el progreso sería cierto, siempre que haya empeño en hacer avanzar el capitalismo, el libre mercado, haciendo el país abierto a la economía mundial. El modelo anterior, centrado en las inversiones domésticas y en el pacto populista, no era más viable. Para un balance de las controversias entre los teóricos de la dependencia, véase también Santos (2000).

³ Al parecer, el primer autor buscó la coherencia entre la teoría del desarrollo-asociado y el proyecto de FHC como presidente, fue el profesor José Luis Fiori, en el artículo “Los falsificadores falsos”, publicado en el cuaderno Más!, del periódico *Folha de S. Paulo*, el 3 de junio de 1994.

Michael Löwy (1989:8) describe bien lo que es la noción weberiana de afinidad electiva:

En el caso de ciertas analogías, de ciertas afinidades, de ciertas correspondencias, dos figuras culturales pueden, en determinadas circunstancias históricas, entrar en una relación de relación, la atracción, la elección, la selección, la elección mutua. No se trata de un proceso unilateral de influencia, sino de un movimiento dinámico, activo, de interacción dialéctica, conduciendo, en algunos casos, a la simbiosis o incluso fusión de las dos estructuras significativas.

En términos generales, se puede decir que hay dos áreas de afinidad entre el neoliberalismo y la versión del desarrollo dependiente-asociado: 1) la creencia en el progreso traído por el desarrollo capitalista de la periferia (los demás dependentistas eran escépticos en cuanto a eso); 2) la creencia en la idea de que el desarrollo capitalista de la periferia sólo será traído por la apertura del mercado interno al capital extranjero (los demás dependentistas, así como el resto de la izquierda, al contrario, veían en ello el avance del imperialismo y la condena del país al subdesarrollo y a la heteronomía).

Sin embargo, tal como destaca Löwy (1989), “lo que transforma estas analogías puramente virtuales en relación dinámica de afinidad electiva es una coyuntura histórica determinada [...]” (*op. cit.*, p. 10). En el caso de la afinidad entre la tesis del desarrollo dependiente-asociado y el neoliberalismo, la coyuntura histórica que la posibilitó fue, por un lado, el colapso del “socialismo real”, el cual “desautorizó” las tesis dependentistas vistas en el socialismo como único camino para el socialismo, la superación de la dependencia. Por otro lado, el propalado “agotamiento” del modelo de sustitución de importaciones, mientras que un modelo que buscaba la autonomía, o sea, a la consolidación de un parque industrial nacional.

El propalado agotamiento del modelo de sustitución de importaciones fue, a su vez, fruto también de la crisis fiscal del Estado desarrollista, lo que también abrió espacio para la convergencia entre las ideas de Cardoso y el recetario neoliberal: Cardoso pasó a ver en el Estado una máquina ineficiente y que estaba sujeta a los intereses corporativos de las empresas estatales y de los sectores sindicalizados de la burocracia, los cuales serían una fuerza de resistencia contra la apertura de la economía. El Estado ineficiente y fallido en que se albergarían fuerzas del viejo corporativismo debería, en su visión, ceder espacio a la iniciativa privada y al capital extranjero (Cardoso, 1994).

Como se sabe, las reformas emprendidas durante los ocho años de Fernando Henrique Cardoso (FHC) como presidente, seguían en las líneas

generales aquellas preconizadas por el llamado Consenso de Washington, como la apertura comercial y financiera, las privatizaciones y las reformas promercado (que eliminaron la capacidad de planificación e intervención del Estado en la actividad económica) y la conducción ortodoxa de la política económica (intereses altos y contención de gastos corrientes). Estas reformas no proporcionaron el esperado desarrollo, en realidad, produjeron una situación de inestabilidad macroeconómica permanente y un patrón de crecimiento *stop and go*, dada la elevada vulnerabilidad externa de la economía en el periodo, sacudida frecuentemente por las turbulencias del mercado financiero internacional, a las que se respondía con intereses elevados (para atraer el capital extranjero o desalentar su fuga) y contención de gastos e inversiones públicas. Esto condujo a la explosión de la deuda pública externa y principalmente la interna. El resultado fue la expresiva caída de la formación bruta de capital de la economía como porcentaje del PIB, entre 1995 y 2002, elevado desempleo y bajas tasas de crecimiento, además del deterioro fiscal.

De acuerdo con Teixeira (2007), el fracaso del modelo implantado por FHC fue, principalmente, debido a un enorme error de interpretación. La teoría de la dependencia, al menos la versión del desarrollo dependiente-asociado, se mostró en un marco teórico con un ángulo ciego, pues no fue capaz de percibir el cambio en el patrón de acumulación de la economía capitalista tras la crisis de los años 1970 que, más tarde, sería desarrollada por varios autores, especialmente los marxistas de la vertiente reguladora y autores poskeynesianos. Las décadas de 1980 y 1990, con la crisis del desarrollismo, fueron de consolidación de una inserción subordinada de Brasil en el régimen mundial de acumulación con dominancia financiera, para usar la expresión desarrollada por Chesnais (2005), o la constitución de un régimen de crecimiento financiero en una perspectiva poskeynesiana. Hay varios otros trabajos que buscan caracterizar esa inserción brasileña en el régimen mundial de acumulación con dominancia financiera y los obstáculos traídos hacia el desarrollo económico. Por motivos de espacio, este debate no se desarrollará en el presente capítulo.⁴

Para los propósitos de este trabajo, lo importante es resaltar que la forma de inserción externa promovida por el gobierno de FHC, en el contexto de la dominación financiera de la acumulación, significó la inserción subordinada de Brasil en la economía mundial, creando una nueva forma de las relaciones de dependencia.

⁴ Para una discusión de este tema, véase Paulani (2006, 2008 y 2009), Paulani y Pato (2005), Teixeira (2007) y Bruno *et al.* (2011).

Mientras el optimismo de FHC era visto como la principal fuente de dinamismo económico para los países periféricos, en los años 1990, la situación económica mundial y el papel de la periferia para los flujos internacionales de capital había cambiado radicalmente. Ante la financierización de la acumulación capitalista, concepto que pasa a la interpretación de los acontecimientos de la década de 1960 y 1970, cuando las inversiones directas de las multinacionales tienen una presencia cada vez más fuerte en los análisis económicos marxistas y poskeynesianos en los años 1990 y 2000, los periféricos ya no se ven primariamente como oportunidades para inversiones productivas, sino como plataformas de valorización financiera, recibiendo entonces la denominación de “mercados emergentes”. En este contexto, las reformas liberalizadoras de FHC, basadas en una transposición de su concepto de desarrollo dependiente-asociado, formulado en los años 1960 y 1970, para los años 1990 condujeron no a un nuevo ciclo de inversiones y crecimiento económico, sino a una dependencia financiera externa o, en términos poskeynesianos, a una fragilidad financiera externa y a la inestabilidad macroeconómica permanente, ante flujos internacionales de capitales cada vez más expresivos y volátiles.

La caracterización, sin embargo, de la situación de dependencia, como se ve, implica la caracterización de la articulación entre el sistema económico y el político, y entre las clases y grupos sociales domésticos y externos. En este sentido, la fracción bancaria-financiera del capital (bancos, aseguradoras, fondos de pensiones, corredores, agencias de calificación, etc.) pasa a detener la hegemonía en el interior del bloque en el poder y su influencia, a expresarse especialmente a partir de uno de los principales centros de poder en el Estado: el banco central. Su influencia es ejercida tanto indirecta, con la propagación de la ideología de la ortodoxia económica por medio de la gran prensa y de aquella especializada en los temas económicos, como directamente, por el intercambio de posiciones entre directores y presidentes del banco central y ocupantes de los puestos clave en el mercado financiero.

Se destaca, además, la solidaridad ideológica y de intereses del mercado financiero doméstico y del mercado financiero internacional. Este último, incluso, por el apoyo decisivo de las instituciones clave del sistema financiero internacional, el Banco Mundial y el FMI, que imponían las políticas ortodoxas a Brasil y otras economías por medio de las condicionalidades exigidas a los préstamos y ayuda a las crisis en los países periféricos.

De hecho, en el periodo que va de 1994 a principios de los años 2000, el país fue rehén de las constantes amenazas de fuga de capital y crisis cambiarias, así como de las exigencias y condicionalidades de los préstamos del FMI, lo que confería a los grupos vinculados al mercado financiero domés-

tico e internacional un poder extraordinario sobre la conducción de la política económica, en detrimento de trabajadores del sector privado, funcionalismo público e incluso de otros sectores de las elites domésticas vinculadas al sector productivo. En esa configuración, en la que la fracción bancario-financiera ocupa la hegemonía del bloque en el poder, es que el Partido de los Trabajadores asumió la presidencia de la República en 2003.

Hegemonía y bloque en el poder: caracterización teórica

El bloque en el poder es la expresión de la configuración datada de las relaciones entre las clases dominantes en sus desenlaces en el Estado capitalista. Esta especificidad histórica, según Poulantzas (1977:24), establece “la relación entre, por un lado, un juego institucional particular inscrito en la estructura del Estado capitalista, juego que funciona en el sentido de una unidad específicamente política del poder de Estado” y, por otro lado, “una configuración particular de las relaciones entre clases dominantes: esas relaciones, en su relación con el Estado, funcionan en el seno de una unidad política específica revestida por el concepto del bloque en el poder”.

Poulantzas (1977) así definió el bloque en el poder: una unidad contradictoria entre distintas clases y/o fracciones de clases bajo la hegemonía en su interior de una de esas fracciones o clases, en sus relaciones con el Estado capitalista. En este sentido, el concepto de bloque en el poder cubre el campo de las prácticas políticas de clase, reflejando el conjunto de las instancias, mediaciones y niveles de la lucha de clases en una determinada coyuntura.

Es preciso destacar que la hegemonía restringida de una de las fracciones en el interior del bloque en el poder es dada por la capacidad de ésta en liderar los intereses económicos, políticos e ideológicos de las demás fracciones y clases del bloque en el poder. Cuando la hegemonía alcanza los conjuntos de la sociedad (dominantes y dominados), deja de ser restringida y pasa a ser amplia.⁵ Es preciso observar que la unificación, por medio de la

⁵ Este término equivale al concepto de hegemonía utilizado por Gramsci (1978). Así, la hegemonía amplia ocurre cuando la clase dominante, o una de sus fracciones, ocupa un lugar decisivo en el patrón de acumulación en determinado momento histórico y a partir de sus intereses económicos, políticos e ideológicos, logra una unidad orgánica (“bloque histórico”) entre las demás fracciones de las clases dominantes y dominadas. Dada la igualdad entre el concepto de hegemonía gramsciano y el de hegemonía amplia, ¿por qué entonces utilizar el nuevo término? Esto se debe al hecho de que la hegemonía puede no quedar restringida a las fracciones dominantes. La situación que Gramsci no contempló, ya que para él la “sociedad política” (Estado) tenía un carácter coercitivo, cabiendo tal concepto sólo a la “sociedad civil” (Poulantzas, 1977). Al mismo tiempo, no es factible pensar en la “sociedad política” (Estado) sólo por medio de la coerción, haciendo necesaria la utilización de la hegemonía para pensar la

hegemonía (amplia o restringida), no elimina “la lucha de clase, la rivalidad de los intereses entre las fracciones sociales, pues se encuentra en él constantemente presente, conservando esos intereses su especificidad antagónica [...]” (Poulantzas, 1977:233).

El bloque en el poder está formado por las clases (y fracciones) que ocupan el locus de la dominación de la lucha política de clases, o sea, que tienen áreas de poder (centro de poder = poder real) en el seno del Estado. Cabe aclarar que el bloque en el poder no significa el conjunto de las clases que apoyan (clases apoyas)⁶ el poder de Estado, ya que participa en el espacio de dominación política. De manera general, la fracción o clase dominante a ejercer la hegemonía restringida al bloque en el poder, también es aquella que asume la hegemonía amplia. La regla general de la doble función de hegemonía de una determinada fracción dominante depende, sin embargo, de la coyuntura de las fuerzas sociales. Así, existe la “[...] posibilidad de desfase, de disociación y de desplazamiento de esas funciones de hegemonía en clases o fracciones diferentes [...], que tiene consecuencias capitales al nivel político [...]” (Poulantzas, 1977:235).

En ese sentido, el bloque en el poder y su dinámica histórica se configura en el plano de las prácticas políticas de clase, diferente de la escena política, ya que la última se circunscribe al campo de los partidos políticos. A pesar de tales diferencias, los elementos citados pueden interpenetrarse, causando falsa idea de qué práctica y escena son indisolubles. Para Poulantzas (1977:246), la supuesta unidad entre práctica y escena generó en buena parte de la ciencia política contemporánea una doble confusión que “reduce las relaciones de clase a las relaciones entre partidos, y las relaciones entre partidos a las relaciones de clase”. Por lo tanto, limitó el análisis de las formaciones sociales, pues no indica los límites y los desfases entre las prácticas políticas de clase (acciones del bloque en el poder) y la escena política (representación de los partidos políticos para un régimen dado).

Poulantzas (1977) y Marx (1986 y 2002) afirmaron que pueden ocurrir, en cierta coyuntura (histórica y espacial), situaciones con desfases entre el lugar de una clase o fracción en el ámbito de las prácticas políticas y de la es-

“sociedad política” (Estado). Así, se consideró conveniente diferenciar esas dimensiones: i) hegemonía restringida (al bloque en el poder) como la situación en que la hegemonía de una fracción queda restringida al bloque en el poder dominante; ii) hegemonía amplia como el caso en que una fracción del bloque en el poder consolida unidad orgánica entre dominantes y dominados.

⁶ Las clases apoyas son las fracciones que, a pesar de formar parte de los dominados, apoyan una forma de Estado capitalista, tales como los campesinos parcelarios y el lumpemproletariado, proletariado en el contexto bonapartista francés y la pequeña burguesía al final del primer periodo de la República parlamentaria francesa. Los principales elementos explicativos de esto son: i) las ilusiones ideológicas; ii) el temor, fundado o imaginario, del poder de la clase obrera.

cena política. Una fracción puede, incluso, detener la hegemonía restringida (al bloque en el poder) —la fracción políticamente dominante—, pero no estar representada de forma orgánica por ningún partido en el sistema político que es dominado por las fracciones reinantes,⁷ mucho menos constituirse fracción detenedora⁸ del aparato de Estado. Las tres dimensiones concreto-históricas pueden asumir variadas combinaciones. También puede ocurrir el caso en que la fracción de clase es poseedora y reinante sin necesariamente formar parte del bloque en el poder.

Por lo tanto, es necesario identificar las diferencias entre prácticas y escena política, dada las tres dimensiones o lugares (fracción hegemónica en el interior del bloque en el poder, fracción reinante, fracción detenedora) que permean las relaciones entre tales instancias. En este contexto, el bloque en el poder y la relación interna entre sus fracciones son instrumentos fundamentales para descifrar la significación real de las prácticas políticas de clase, así como: 1) sus relaciones con los partidos que operan en la escena política; y 2) sus relaciones con la fracción política poseedora del aparato de Estado.

A partir de la interconexión, el Estado deja de ser definido por medio de ideas preconcebidas respecto a su papel activo o pasivo. En realidad, la perspectiva relacional de Estado (como un campo y un proceso estratégico donde se entrecruzan núcleos y redes de poder asociados a los intereses de grupos y clases sociales) aquí adoptada, considera la combinación (en mayor o menor grado) de los dos ejes (autonomía de la administración central por subordinación del Estado a determinados intereses) determinados por una coyuntura espacial y temporal (Poulantzas, 1985; Oliveira, 2004).

Para Poulantzas (1985) y Codato y Perissinotto (2001), las obras históricas de Marx señalan el tipo de mediación entre sociedad civil y el Estado, en que el papel reproductivo del Estado aparece tanto en un nivel abstracto-formal (“teoría general del modo de producción capitalista”), como en un nivel concreto-real. En este nivel de abstracción, el análisis del papel del Estado debe tener en cuenta la separación entre “poder de Estado” y “poder de clase”, ya que el Estado es el locus en que se configuran “las luchas políticas de grupos, de las fracciones de clase” (Codato y Perissinotto, 2001:17).

El Estado asume capacidad de decisión e iniciativa relativa ante las fracciones del bloque en el poder, incluso siendo influenciado también, en cierta medida, por segmentos fuera del bloque en el poder. Esto no significa decir

⁷ La fracción reinante es la que tiene partido político en la escena política (Marx, 1986 y 2002; Poulantzas, 1977).

⁸ La fracción detenedora es la que elige políticos, burócratas y militares de las diversas fracciones de clase, incluso de los segmentos dominados, para ocupar los diversos órganos de Estado y sus núcleos de poder (Marx, 1986 y 2002; Poulantzas, 1977).

que el Estado deja de ser el espacio de dominación del bloque en el poder, sino que, en determinadas coyunturas, es más permeable a ciertas demandas de los segmentos dominados. En ese sentido, Poulantzas (1985) afirma que el Estado puede asumir el papel de productor, modelador o criatura de las relaciones objetivas en virtud de su mayor o menor autonomía relativa (poder de Estado separado del poder de clase).

En líneas generales, el Estado, en la dimensión concreto-real, es el espacio de conflicto de las fracciones del bloque en el poder que tienen como objetivos mantener o ampliar, al mismo tiempo, su parte de la renta y riqueza y participación en el ámbito político e ideológico, autoridad, influencia y legitimidad (Gonçalves, 2005).

Dado el abanico de disputas e intereses, las políticas de Estado, a corto plazo, son el resultado de las relaciones de fuerzas en el seno del Estado, o sea, las políticas reflejan “procesos extremadamente contradictorios, de medidas, de contramedidas, de bloqueos (en el caso de las mujeres).

Si se mira el funcionamiento del Estado, sólo en ese nivel, es posible concluir que sus políticas y resultados son extremadamente caóticos y contradictorios. Cuando, sin embargo, se observa la evolución del bloque en el poder y del capital en general, se verifica que los resultados de las políticas son manifestaciones de la hegemonía restringida (o amplia) del bloque en el poder, que lleva a la ampliación de la acumulación capitalista en general y en mayor grado de la fracción hegemónica (Poulantzas, 1985; Oliveira, 2004).

El Estado, por lo tanto, no debe ser comprendido como una entidad monolítica, mucho menos homogénea, ya que se constituye en un sistema institucional de aparatos diferentes (sistema estatal), que presenta niveles de poder diferenciados. Los aparatos que concentran la capacidad de decidir (“poder efectivo”) son los “centros de poder” del Estado. De hecho, ellos son los locus institucionales en que las decisiones fundamentales se toman efectivamente, incluso sin ninguna subordinación jerárquica a otras agencias burocráticas. En consecuencia, estos son los locales institucionales del Estado al que se dirigen las principales demandas de las clases o fracciones de clases dominantes (Codato, 1997).

Es necesario destacar que los centros de poder del sistema estatal pueden modificarse a lo largo del tiempo, así como pueden asumir mayor o menor autonomía relativa referente a algunas fracciones de las clases dominantes, en cierta coyuntura histórica, pues su poder no emana del hecho de poseer una fuerza propia distinta del poder de clase (al estilo weberiano), sino de su relación en el ámbito de la lucha de clases. En este contexto, el predominio político (prácticas políticas) de una fracción dada de clase, es fruto

“del control o influencia que esa clase (o sus representantes) puede ejercer sobre el aparato que concentra el poder efectivo” (Codato y Perissinoto, 2001:23).

Cuando el representante de una determinada fracción de clase asume los “centros de poder” del Estado, no significa necesariamente que la citada fracción se ha convertido en poseedora, pero casi siempre es la fracción hegemónica en el interior del bloque en el poder. La ocurrencia de este hecho demuestra que las fracciones dominantes lograron imponer sus estrategias y objetivos, aun sin tener que convertirse en una clase poseedora. En otras palabras, para que una clase o fracción pueda controlar los centros de poder del Estado, se necesita mucho más que una simple victoria electoral.⁹

GOBIERNO LULA: POLÍTICA ECONÓMICA, RESULTADOS MACROECONÓMICOS Y DINÁMICA DEL BLOQUE EN EL PODER

Régimen de política macroeconómica

Las líneas maestras del régimen de política macroeconómica del gobierno FHC (sistemas de metas de inflación, superávits primarios y cambio flotante) fueron mantenidas por el gobierno de Lula. Es posible, sin embargo, identificar en su segundo mandato cierta flexibilización en la gestión de la política económica¹⁰ entonces vigente.

Sin embargo, continuó fuerte en varios núcleos del Estado la idea de que las políticas económicas sólo tendrían efectos sobre la estabilidad o inestabilidad a corto plazo, afectando poco o casi nada el desarrollo económico a largo plazo. Bajo esta perspectiva, las políticas económicas deberían orientarse a la estabilidad de precios, ya que el crecimiento sería originario del establecimiento de normas y organizaciones que garanticen el derecho de propiedad, la reducción de los costos de transacción y la mejora en las expectativas de los agentes, potenciando entonces el funcionamiento completo de los mercados.

⁹ Como se verá en la próxima sección, es precisamente ése el caso del gobierno de Lula: la victoria electoral del partido que representaría los intereses de los menos favorecidos no significó la ruptura con la fracción bancaria financiera que se mantuvo hegemónica en el interior del bloque en el poder.

¹⁰ Barbosa y Souza (2010) resaltaron que existió, durante el gobierno de Lula, una disputa de opiniones sobre las acciones de la política económica. Para ellos, predominó, entre 2003 y 2005, una visión neoliberal en que el crecimiento económico dependería de las condiciones a corto plazo. A partir de 2006, se habría consolidado en la gestión macroeconómica una visión de que el Estado debe desempeñar un papel más activo en el desarrollo económico y social.

Este tipo de régimen macroeconómico, que se ha convertido en un consenso, es sostenido en el plano teórico por la nueva síntesis neoclásica,¹¹ por medio de la articulación de la adopción de los sistemas de metas de inflación, de la independencia del banco central (BC) y de la política fiscal orientada estrictamente a la sostenibilidad deuda pública.

En el sistema de metas de inflación, cualquier actuación contracíclica del banco central no debería poner en riesgo el mantenimiento de la estabilidad de precios a largo plazo, ya que habría un sesgo inflacionario resultante de la inconsistencia temporal en la conducción de la política económica, sin ningún beneficio en términos de producto y empleo a largo plazo (Barro y Gordon, 1983).

La cuestión de la credibilidad de la política económica para tal teoría, al incorporar la idea de que agentes utilizan expectativas racionales para tomar decisiones, gana más destaque, creando la necesidad de la consistencia de las políticas macroeconómicas a lo largo del tiempo, de tal modo que la autoridad monetaria debería comprometerse con la estabilidad y el logro de las metas. En esa lógica, la efectividad de las metas deseadas sólo sería posible con un banco central con alto grado de independencia para que sus decisiones sean tomadas sin ninguna subordinación jerárquica a otra agencia burocrática estatal, en el caso de que se produzca un cambio en la calidad de la información.

Dado este arreglo monetario, la política fiscal ocupa una función pasiva en la política macroeconómica, pero central, ya que la sostenibilidad de la deuda pública a través del esfuerzo fiscal señala la ausencia del riesgo de default. Así, la política fiscal con elevado superávit primario asume el papel de reductor del riesgo país, funcionando como pieza clave para conquistar la credibilidad. En el marco de la política fiscal, el gobierno de Lula, especialmente en el primer mandato, mantuvo el *démarche* del gobierno anterior, es decir: el crecimiento sostenible pasa por el ajuste definitivo de las cuentas públicas, lo que significa medidas destinadas a la generación de superávits primarios suficientes para reducir la deuda relación deuda/PIB. Tal reduccionismo de la política fiscal —que implícitamente significa preservación de la riqueza financiera— limitó la capacidad del Estado para ampliar las inversiones públicas.

¹¹ El sistema de metas está basado, según Taylor (2000), en las siguientes proposiciones: i) la trayectoria del producto potencial independiente de la demanda. Sólo las condiciones de oferta serían determinantes y explicadas por el modelo de Solow; ii) la existencia de la compensación entre inflación y desempleo a corto plazo, mientras que a largo plazo los estímulos a la demanda son neutros; iii) la rigidez temporal de los precios y los salarios explica la existencia de la compensación entre inflación y desempleo, generando así las fluctuaciones del producto/empleo real en torno al producto potencial/natural; iv) las expectativas inflacionarias son endógenas; v) las decisiones de política monetaria deberían seguir normas claras.

En el segundo gobierno de Lula, se verificó cierta flexibilización de la política económica por medio de la adopción de medidas dirigidas a la ampliación del crédito al consumidor y al prestatario: 1) del aumento real en el salario mínimo; 2) la adopción de programas; 3) de la creación del Programa de Aceleración del Crecimiento (PAC) y de la ampliación de la actuación del BNDES para estimular la inversión pública y privada; y 4) de las medidas anticíclicas de combate a la crisis internacional a partir de 2009.

En general, la conducción de la política económica del gobierno de Lula fue fuertemente influenciada por la ortodoxia económica, especialmente en el primer mandato. Esta situación fue caracterizada por Paulani (2008) como un constante “estado de emergencia económica”, en el que las políticas ortodoxas, contrarias a los intereses de los grupos sociales tradicionalmente representados por el Partido de los Trabajadores, estaban siempre justificadas por las amenazas de las fugas de capital, cambiarias y de la vuelta de la inflación, que estarían siempre rondando la economía.

Rendimiento y dinámica macroeconómica

Los resultados macroeconómicos (sector externo, nivel de actividad, inflación, empleo y renta, y finanzas públicas) de los dos gobiernos de Lula fueron mejores que los de su antecesor. Entre 2003 y 2010, Brasil atravesó el mayor ciclo de crecimiento de las últimas tres décadas. El PIB creció un 4,1% al año, casi el doble del observado entre 1980 y 2002 (2,4% al año). Las cuentas externas de la economía brasileña en el gobierno de Lula presentaron resultados muy positivos expresados en los superávits del balance de pagos entre 2003 y 2010 (US \$ 231,8 mil millones en el acumulado). Esto permitió al gobierno saldar los préstamos con el FMI, disminuir el endeudamiento público externo y acumular reservas (Cintra y Acioly, 2012).

Este resultado favorable fue impulsado por el contexto internacional: 1) de crecimiento mundial hasta la crisis de 2008; 2) de amplia liquidez de los mercados financieros; y 3) de la elevación de los precios internacionales de las *commodities* y de caída de los precios de las manufacturas derivadas del efecto directa e indirecta de China. Las modificaciones en los precios generaron, entre enero de 2003 y diciembre de 2010, una elevación del 39,9% en los términos de cambio de Brasil. Para Barbosa (2011) significó un bono macroeconómico para el país, permitiendo un crecimiento sin generar graves desequilibrios externos e internos.

Durante el gobierno de Lula es posible identificar dos momentos positivos y distintos del sector externo. Entre 2003 y 2006, los altos superávit comerciales, superiores al déficit estructural de la cuenta de servicios y

renta, fueron los principales responsables de la mejora de las cuentas.¹² Entre 2007 y 2010, los superávits en la cuenta capital y financiera fueron los mayores impulsores positivos.¹³

La rápida recuperación de las cuentas externas brasileña en el poscrisis internacional, tirado por los flujos netos de capitales, se dio por el “exceso de liquidez” de la economía mundial. La parte de esa masa de capital-dinero se desplazó a Brasil en virtud de la alta rentabilidad de las aplicaciones en cartera (diferencial entre la tasa Selic y la internacional) y de la recuperación rápida de la actividad económica con expansión del mercado interno, abriendo nuevos mercados rentables para inversores extranjeros en un contexto internacional de estancamiento económico en Europa y Estados Unidos. Las tasas medias de crecimiento del PIB en los dos gobiernos de Lula (3,5% entre 2003 y 2006, el 4,6% entre 2007 y 2010) fueron mayores que las de los dos gobiernos FHC (2,4% entre 1995 y 1998, el 1% entre 1999 y 2002). Entre 2003 y 2010, el consumo de las familias y las inversiones públicas y privadas —Formación Bruta de Capital Fijo (FBKF)— se elevó en 4,5% y 7,5% al año en promedio, respectivamente. La expansión de la inversión por encima del PIB implicó en la elevación de la FBKF del 15,3% del PIB en 2003 al 19,5% en 2010. A pesar de esa expansión, la inflación Índice Nacional de Precios al Consumidor Amplio (IPCA), durante el gobierno de Lula, casi siempre estuvo cerca del centro de la meta. En 2006, 2007 y 2009, por ejemplo, la inflación fue menor que la meta. El control de la inflación estuvo vinculado al proceso de apreciación del real (42,8% entre 2003 y 2010).

En lo que se refiere al mercado de trabajo, se verificaron dos patrones diferenciados durante el gobierno de Lula, a saber: *a*) entre 2003 y 2006, cuando ocurrió una pequeña reducción en la tasa de desempleo de las Regiones Metropolitanas, RM's (del 12,3% en 2003 al 10% en 2006) y una caída real del 5,0% en la masa de rendimientos medios de los ocupados en las RM's; *b*) entre 2007 y 2010, cuando se produjo una reducción expresiva de las

¹² Entre 1999-2002 y 2003-2006, el saldo acumulado de la balanza comercial aumentó el 976% (de US \$13,9 mil millones a US \$ 149,6 mil millones). Este nivel de superávit comercial (fruto de la expansión del 23% aa en promedio de las exportaciones por encima del 18,4% de las importaciones aa en promedio entre 2003 y 2006) provocó la reversión del signo de la cuenta corriente (deficiente cada año entre 1995 y (2002), que pasó a ser superavitaria entre 2003 y 2007, pues el déficit acumulado de la cuenta de servicios e ingresos, entre 1999-2002 y 2003-2006, creció el 18,3% (de R \$ 101,5 mil millones para R \$ 120, 1 mil millones).

¹³ La cuenta capital y financiera, entre 2007 y 2010, pasó a presentar superávits récord (88.300 millones de dólares en 2007, 70.200 millones de dólares en 2009 y 99.000 millones de dólares en 2010) y muy superiores a los importes necesarios para financiar la cuenta de transacciones corrientes. Con ello, el balance de pagos registró superávits expresivos en el 2º gobierno Lula (Cintra, Acioly, 2012).

tasas medias de desempleo en las RM's (del 9,3% en 2007 al 6,7% en 2010) y una mejora significativa de la masa real de ingresos de los ocupados, aproximadamente del 20%. Cabe destacar el crecimiento real del salario mínimo a lo largo del gobierno de Lula (expansión media del 5,9% a.a), que tuvo efectos positivos para la demanda agregada y para la distribución de la renta.

Las finanzas públicas también mejoraron en el gobierno de Lula, especialmente en el segundo mandato, pues la deuda neta total del sector público cayó desde 2003 (54,9% PIB en diez/2003) hasta 2010 (39,2% del PIB en diez/2010). El principal factor de esta caída fue la reducción sistemática de la deuda externa desde el inicio del gobierno. En diciembre de 2006, el sector público pasó a la condición de acreedor externo (R \$ 27,8 mil millones), que fue ampliado cada año hasta alcanzar el valor de R \$ 359,7 mil millones de créditos externos en diciembre de 2010. Esta trayectoria positiva de la deuda neta externa se debió directamente a los elevados saldos de la balanza comercial entre 2003 y 2006, y de la cuenta financiera entre 2007 y 2010. Esto permitió al gobierno elevar sus reservas en dólares (US \$ 49.300 millones en 2003 a US \$ 85.800 millones en 2006, a US \$ 180.300 millones en 2007 hasta los US \$ 352,0 mil millones en 2010), reduciendo así la deuda neta externa, a punto de tornarse acreedor líquido.

El lado negativo de la evolución de las finanzas públicas, dado el mantenimiento del alto nivel de la tasa de interés, fue la elevación de forma sistemática de la deuda neta interna del sector público, que pasó del 43,5% del PIB en diciembre de 2003 a 48,7 (PIB) en diciembre de 2010. Evolución que, según Marques-Pereira y Bruno (2010), es explicada por la trayectoria real de intereses de la Selic, expresada por el factor de capitalización compuesta de intereses reales sobre el *stock* de la deuda neta interna del sector público consolidado.

Los elevados superávits primarios durante el gobierno de Lula (R \$ 758,8 mil millones en el acumulado entre 2003 y 2010) fueron menores que los montos pagados de intereses en el mismo periodo (R \$ 1.491,4 mil millones). Los superávits no fueron pequeños, lo que ocurrió fue que el mantenimiento de una tasa de interés elevada generó grandes costos permanentes y el continuo aumento de la deuda interna en términos absolutos. Los intereses —que cayeron en % PIB, pero se elevaron en términos absolutos— alimentaron los segmentos financieramente, en especial la fracción hegemónica del bloque en el poder, la bancaria financiera.

Estos resultados macroeconómicos evidenciaron dinámicas diferentes entre el primer y segundo gobierno de Lula. En el primero, el crecimiento brasileño fue fuertemente impulsado por la dinámica externa de forma

directa (aumento de las exportaciones) e indirecta (elevación de las inversiones de los sectores exportadores). En el segundo, se sumarán la dinámica externa favorable y la expansión del mercado interno, que fue fruto de la flexibilización de la orientación contraccionista de la política económica.

De hecho, los datos del sector externo brasileño y sus efectos sobre la economía brasileña explican la evolución positiva entre 2003 y 2006. La reducción de la restricción externa y la expansión del PIB en el periodo, estuvieron asociadas a los cambios internacionales favorables que generaron un extraordinario *boom* en los precios de las materias primas que Brasil exporta, y la reducción de los precios de las manufacturas y de los bienes de capital importados por el país. El sector externo asumió un papel relevante para el nivel de actividad en el primer gobierno de Lula, tanto en lo que se refiere a los efectos primarios del aumento de las exportaciones, que son, por un lado, importantes componentes de los gastos autónomos (de la demanda agregada)¹⁴ y, por otra parte, contribuyen a eliminar la restricción externa a la que están sujetas economías subdesarrolladas: al “efectos secundarios” del aumento de las exportaciones que resultan en mayores ingresos agregados internos, induciendo la inversión por medio del efecto acelerador, particularmente de aquellas empresas/grupos económicos que destinan su producción para exportación¹⁵ (Pinto, 2010).

A partir de 2006 (último año del primer gobierno de Lula) y a lo largo del segundo mandato de Lula, se sumarán a los factores externos la importante expansión del mercado interno, derivada de cierta flexibilización de la orientación restrictiva de la política económica. Esta flexibilización, asociada a los beneficios externos, creó una expansión económica sostenida por las inversiones y el consumo de las familias (crecimiento medio entre 2007 y 2010 del 10,5% y del 5,8%, respectivamente), que parece haber creado a partir de 2006 un consumo de masas el cual articula crecimiento y distribución de la renta. Además de las políticas de renta y distributivas, la expansión del mercado interno fue estimulada por medio de políticas crediticias expansionistas y de las medidas de combate a la crisis internacional. Entre diciembre de 2003 y diciembre de 2010, el crédito se expandió

¹⁴ Las exportaciones a partir de 2003 pasaron a contribuir de forma creciente al resultado del PIB. La tasa media de contribución de las exportaciones al crecimiento del PIB entre 2003 y 2006 fue del 1,5%, aproximadamente el 42,8% del crecimiento del PIB medio en el mismo periodo (3,5 por ciento).

¹⁵ El aumento de las exportaciones indujo el aumento de las inversiones, en términos absolutos y relativos, de los grupos económicos de la industria de las *commodities* intensiva en capital, tirando de la expansión de las inversiones entre 2003 y 2006. Para un análisis detallado a partir de los datos desglosados PIA (Investigación Industrial Anual-IBGE) y datos de los beneficios netos y de las tasas de ganancias de los grupos económicos, véase Pinto (2010).

del 26,1% del PIB al 45,2% del PIB. Además de la expansión del crédito por los bancos públicos durante la crisis de septiembre de 2008, otras medidas fueron adoptadas por el gobierno, tales como reducciones de las alícuotas del IR y del IPI sobre coches nuevos, material de construcción y electrodomésticos, del IOF en las operaciones de crédito de las operaciones personas físicas y de COFINS sobre motos. A pesar de la dirección correcta de la política fiscal, se observó que fue de baja intensidad si se compara con intervenciones de otros países, ya que no se abrió de la generación de superávit primario. Junto a estas medidas fiscales, se produjo la reducción de la tasa de interés Selic a partir de enero de 2009, que pasó del 13,75% a.a. para el 8,75% a.a. en junio de 2009. El recorte, sin embargo, de los intereses hechos por el banco central tuvo un carácter retardado, según Barbosa y Souza (2010), en virtud de la preocupación excesiva del BC sobre los impactos inflacionarios de la depreciación del real en el auge de la crisis. La economía brasileña se recuperó rápidamente de la crisis debido a la recuperación del sector externo y al crecimiento del consumo de las familias del 4,4% en 2009, auge de la crisis en Brasil.

Bloque en el poder y hegemonía en el gobierno de Lula

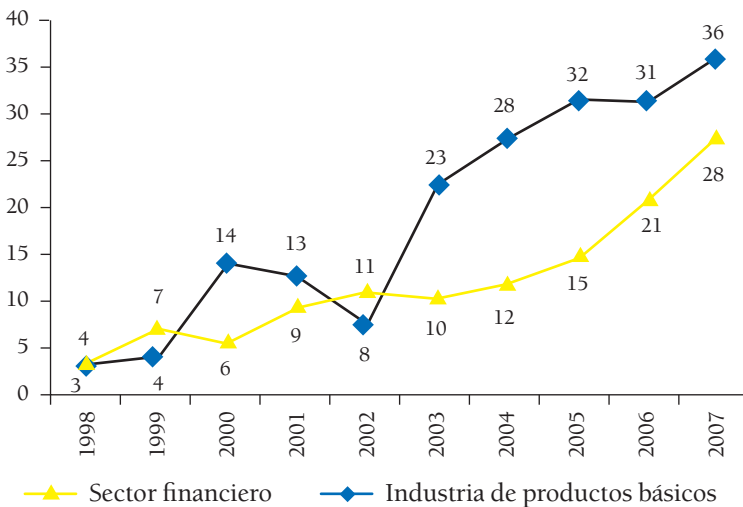
Durante el gobierno de Lula se verificaron cambios en los flujos y existencias de riqueza de las fracciones que componen el bloque en el poder, fruto de la política macroeconómica y de la propia dinámica económica. “La acumulación de activos o pasivos promueve también la creación y distribución de otra sustancia, más difícilmente mensurable (y cuyo nombre es casi un tabú entre economistas), y que viene a ser el poder político”. Con ello, “el acompañamiento de la dinámica de flujos y existencias [de la riqueza] proporciona pistas importantes” para “la economía política de esos procesos” (Macedo y Santos, 2008:16).

En ese sentido, el régimen de política macroeconómica durante el gobierno de Lula fue la expresión de los movimientos contradictorios desarrollados en el aparato de Estado que, aun pareciendo caóticos y contradictorios en el corto plazo, son la evidencia de los intereses hegemónicos de la fracción bancaria-financiera nacional e internacional en el bloque de poder. La variable síntesis del proceso fue la tasa de interés. A partir de tal perspectiva, el debate sobre el nivel de la tasa de interés no puede ser resumido sólo al campo del pensamiento económico y de sus soluciones técnicas, ya que la específica variable es el elemento central para expresar los conflictos de las fracciones del bloque en el proceso, el poder. En otras palabras, el manejo del régimen de política macroeconómica condensa al

mismo tiempo: 1) la dimensión de las soluciones técnicas prescriptivas de doctrinas del pensamiento económico; 2) el poder político de la fracción bancario-financiera que se materializa por su representación en el “centro de poder” del sistema estatal brasileño: el banco central; 3) el poder económico de esta fracción bancaria-financiera que puede ser observado por las altas tasas de beneficios de los grupos económicos de los segmentos bancario-financiero; 4) el poder ideológico de la citada fracción que logró incorporar de forma incontestable al conjunto de la sociedad, la idea de que la lucha contra la inflación debe realizarse a cualquier costo y, más importante, con un único instrumento: la tasa de interés elevada.

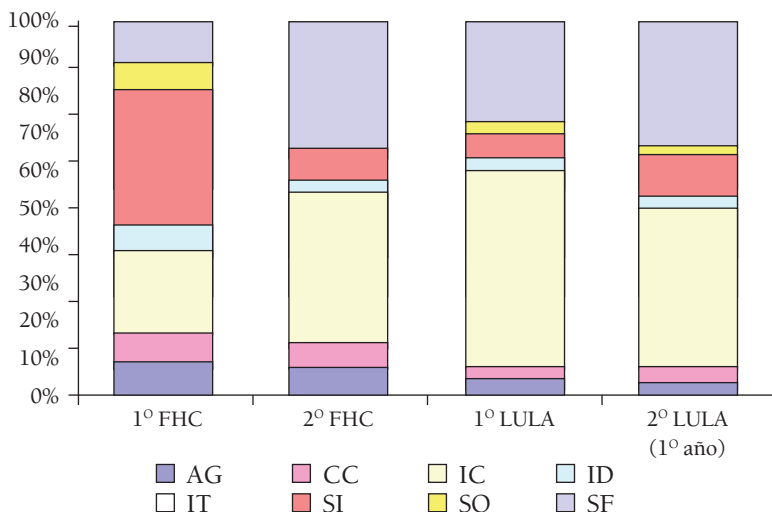
Entre los efectos de esta dinámica de los flujos y existencias de riqueza, Pinto (2010) destaca el aumento relativo del poder de la gran burguesía productora y exportadora de las *commodities*. Entre 1995 y 2007, los beneficios netos reales de los grupos económicos de tal segmento crecieron el 1.705,9% (de R \$ 2,0 mil millones a R \$ 36,1 mil millones), provocando un aumento en su participación en relación a los beneficios totales (de 30,7% en 1995 al 44,0% en 2007), para una muestra con los 300 mayores grupos económicos del país (responsables por cerca del 40% de la riqueza anual en promedio generada en Brasil). En 2007, ese sector pasó a tener la mayor participación, superando el segmento bancario-financiero, 33,5% (gráficas 1 y 2).

GRÁFICA 1
EVOLUCIÓN REAL DE LOS BENEFICIOS NETOS DEL IC Y SF
(1995 = BASE DEFLACIONADOS POR EL IPCA) (R \$ BIL)



NOTA: sectores IC - Industria de materias primas; SF-Sector financiero.
FUENTE: balance anual de *Gazeta mercantil*.

GRÁFICA 2
EVOLUCIÓN DE LA PARTICIPACIÓN (%) EN LOS BENEFICIOS NETOS
POR SECTORES DE ACTIVIDAD



NOTA: SG-agroindustria, CC-construcción civil; IC-Industria de Productos básicos; ID- Industria difusora; IT-Industria Tradicional; SI-Servicios de Infraestructura, SO- Otros Servicios.

FUENTE: en el marco de la política económica.

Cabe señalar, que este fuerte aumento de la participación del beneficio neto de la industria de materias primas intensivas en capital (IC) fue fuertemente influenciado por los resultados (altos beneficios) de Vale y Petrobrás, ya que los dos grupos fueron responsables de más del 50% de los beneficios netos de la IC (61,8% en el primer gobierno de Lula y 63,3% en el primer año del segundo gobierno de Lula).

El avance de los segmentos industriales productores de las *commodities* y del agronegocio, durante el gobierno de Lula, tuvo mucho más que ver con la dinámica internacional que con políticas estatales. Esto se hizo evidente con el mantenimiento del régimen de política macroeconómica, con intereses elevados, que generó valorización cambiaria, impactando negativamente en las ganancias de los sectores más que compensados por el aumento de los precios internacionales de las *commodities*.

La explicación para el hecho es dada por la extraordinaria dinámica mundial conducida por el eje chino-estadounidense, ya que los efectos positivos de los precios y del quantum de las exportaciones brasileñas fueron muy superiores a los efectos negativos de la valorización cambiaria. Sin duda, existe un conflicto latente entre las fracciones de la gran burguesía exportadora y la gran burguesía bancario-financiera en el manejo de la tasa

de interés y de cambio. Los efectos, sin embargo, de la expansión del eje chino-estadounidense sobre las exportaciones brasileñas redujeron fuertemente ese conflicto. Como las señales actuales indican que China, tras la crisis, aceleró su proceso de *catch-up*, es posible que los rebotes de ese proceso sobre las exportaciones brasileñas garanticen, por un buen periodo, la soldadura de los intereses entre las dos fracciones, a no ser que haya una desaceleración más fuerte en ese país.

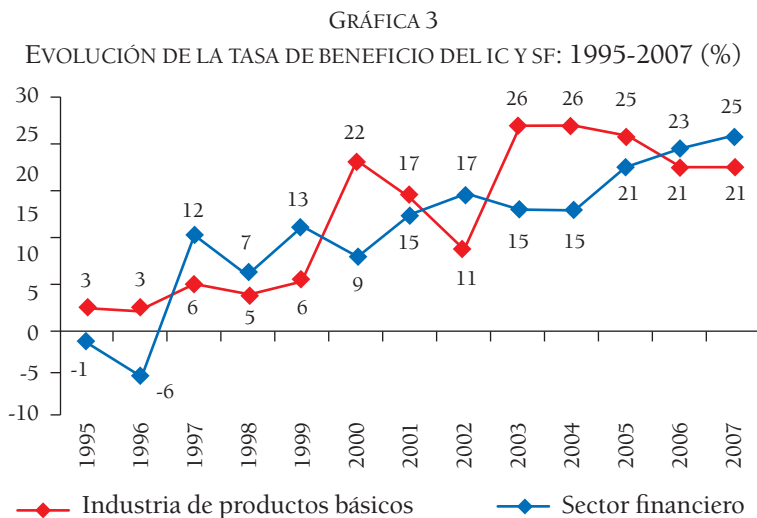
La tasa de interés en niveles elevados, en un contexto de cambio flexible, provocó la valorización del real que implicó en el abaratamiento de los productos importados y la reducción de las ganancias de los exportadores. Tal proceso provocó la reducción del poder económico y político de las fracciones de la gran burguesía industrial, sobre todo en el primer gobierno de Lula, que destina su producción al mercado interno.

A partir de 2006, con el crecimiento de la economía impulsado también por la dinámica interna, se verificó cierto fortalecimiento de los segmentos nacionales de la industria y del comercio, que pasaron a ejercer mayor influencia sobre los núcleos de poder del Estado brasileño. Los cambios en la posición relativa del bloque en el poder no significaron, hasta la crisis internacional, un desplazamiento en la hegemonía de la fracción de la gran burguesía bancario-financiera, sino una reducción de su poder relativo.

El mantenimiento de la hegemonía de ese segmento durante el gobierno de Lula puede ser evidenciado, en el plano económico, por el aumento de su *stock* de riqueza y por la elevación de los beneficios netos (gráfica 1) y de las tasas de ganancias que saltó del 15,5% en 2003 al 25,1% en 2007 (gráfica 3). El aumento fue fruto, tanto de las altas tasas de interés básicas como de los altos spreads bancarios (Pinto, 2010).

Los datos presentados por Marques y Bruno (2010) acerca de los orígenes de los ingresos del sistema bancario-financiero en Brasil evidencia que, a partir de 2001 a 2007, el mayor componente de los ingresos del sistema bancario-financiero fue la renta de títulos y valores que se compone básicamente de títulos de deuda pública interna. Dado que la tasa real de interés de Selic, por su factor capitalizado, está positivamente correlacionada con los títulos de la deuda pública interna, se puede inferir que el mantenimiento de altas tasas de interés permite el mantenimiento del poder económico y político de la fracción bancaria-financiera.

El poder económico del segmento bancario-financiero, viabilizado por el régimen de política macroeconómica, fue la expresión de su poder político en el aparato de Estado, materializado por la independencia operativa del banco central —principal “centro de poder” del sistema estatal brasileño—, comandado por representantes de los intereses directos e indirectos de esa fracción.



NOTA: sectores: IC - Industria de productos básicos; SF-sector financiero.
FUENTE: elaboración propia a partir del Balance anual de la *Gazeta Mercantil*.

La independencia operativa del BC fue la mayor expresión del poder político del segmento, reitera, a pesar de los argumentos en defensa de tal medida, que sostienen que ello garantizaría la despolitización del debate, o sea, las medidas tomadas serían soluciones técnicas prescriptivas construidas de forma neutra. Es evidente que ese argumento es una falacia, pues los resultados de las medidas adoptadas por el BC generan ganadores y perdedores. Fue la fracción bancaria-financiera que más ganó. En el plano ideológico, la fracción bancario-financiera logró legitimar de forma incontestable, al menos hasta la crisis internacional de 2008, al conjunto de la sociedad la idea de que el combate a la inflación debe realizarse independientemente de sus costos.

Los condicionantes internos (políticas económicas) y externos (efecto del eje chino-estadounidense), en el ámbito de la lucha economía y política de clases, fueron la causa y el efecto de la dinámica cooperativa y conflictiva de las fracciones de clase del bloque en el poder. Las mediaciones y los impactos de los dos condicionantes sobre el bloque en el poder quedaron relativamente claros. En contrapartida, aún no son tan evidentes los impactos de tales elementos, durante el gobierno de Lula, para los segmentos fuera del bloque en el poder (dominados). Hay actualmente un interesante debate sobre este tema. Se destaca aquí la interpretación de André Singer sobre el llamado “lulismo”.

Para Singer (2009), el trípode formado por la Bolsa Familia, aumento del salario mínimo y expansión del crédito, que generó reducción de la

miseria, va mucho más allá de la simple ayuda a los pobres, pues ese trípode y el régimen de política macroeconómica constituyen una nueva plataforma, articulando valores de la derecha (mantenimiento del orden-combate a la inflación) y de la izquierda (políticas de distribución de la renta), en el sentido de delinear una trayectoria política de cierta fracción de clase, a saber: el subproletariado. Así, Lula, al hacerlo, estaría creando un vínculo ideológico con los más pobres, convirtiéndose en el representante de las fracciones, materializada por los votos, sobre todo a partir de la elección de 2006. “A medida que pasó a ser sostenido por la base subproletaria, Lula obtuvo una autonomía bonapartista [...]. Con ella, creó un punto de fuga para las luchas de clases, que comenzó a ser arbitrada al sabor de la correlación de fuerzas”. Se convirtió, incluso, en un “árbitro por encima de las clases” (Singer, 2009:102). El análisis de Singer (2009) es muy interesante para tratar el cambio en las bases electorales del Partido de los Trabajadores y, en especial, del presidente Lula. Al argumentar, sin embargo, que hubo un vínculo directo entre fracciones de clases y partidos políticos (escena política), Singer parece desconsiderar que, en determinadas coyunturas históricas, pueden existir desfases entre el lugar de una clase o fracción en el ámbito de las prácticas políticas (bloque en el poder) y de la escena política (sistema partidista). Esto lo lleva a afirmar que el Brasil electoral, en 2006, se dividió entre ricos y pobres. Se considera que este análisis simplifica mucho la cuestión.

Aunque es incontestable el realineamiento electoral, ya que en las elecciones de 2006 por primera vez el Partido de los Trabajadores —cuyos votos tradicionalmente se concentraban en los extractos medios y de mayor escolaridad— tuvo el voto del “piso de abajo” (el subproletariado), el análisis de Singer deja de lado otro realineamiento, fundamental para comprender la dinámica del “piso de arriba”. En el marco de las elecciones de 2002 y de 2006, para la campaña electoral de Lula, de acuerdo con datos de Filgueiras y Gonçalves (2007), se observa un expresivo aumento de los recursos donados por el sector financiero (que pasan de R \$ 6.080 millones para de R \$ 12.705 millones), por el sector de construcción civil (de R \$ 2.490 millones para de R \$ 18.028 millones) y por el sector primario-exportador y la industria de las *commodities* (de R \$ 1.610 millones para de R \$ 12.511 millones). Así, se percibe en 2006 otro realineamiento electoral, no tan expresivo en número de votos como el realineamiento señalado por Singer, pero muy expresivo en cifras. Dejar de lado el análisis de los efectos de las políticas del gobierno de Lula sobre los sectores dominantes, significa construir una visión parcial del periodo. Aunque hubo un vínculo directo entre Lula y el subproletariado (lulismo), promovido por los programas de transferencia directa de renta, por el aumento del salario mínimo, por el

crecimiento de la masa salarial y del empleo, tal conexión no significa una plataforma política para la fracción dominada, sino una política que posibilita la legitimación de la dominación de las fracciones del bloque en el poder, con la incorporación de parte de los más pobres al consumo capitalista, con fuerte crecimiento de la llamada clase C, paralelamente a la reducción de las clases E y D y de la pobreza extrema.

Así como los campesinos parcelares sirvieron de “clase apoyo” para la dominación de clase en el bonapartismo francés, el subproletariado brasileño ha funcionado como una “clase apoyo”, en el plano político, del gobierno de Lula, que mantuvo la dominación de clase del bloque en el poder. La diferencia del subproletariado brasileño actual en relación a los campesinos parcelares franceses en el periodo bonapartista, es que el primero también obtuvo beneficios económicos, además del convencimiento ideológico que fue la marca de la relación entre los campesinos parcelares y el gobierno. Así, la hipótesis defendida por Singer de que el apoyo del subproletariado habría venido —por un lado— de las políticas de redistribución de la renta y —por otro lado— del mantenimiento de la política económica (sin rupturas), atribuyendo a ese subproletariado un carácter conservador, merece salvedades. Se cree que es cuestionable afirmar el carácter conservador del subproletariado con respecto a la política macroeconómica, en particular por él constituirse de una parte de la población, en gran parte inmune a la propagación de la ideología de las doctrinas económicas ortodoxas, por el bombardeo diario de la gran prensa, no ser lectora asidua de periódicos y revistas conservadoras de gran circulación, sea por los debates macroeconómicos, no ser de fácil comprensión para la amplia mayoría de la población.

En particular, la atribución del conservadurismo al subproletariado ya supone un desconocimiento, por parte de éste, de los temas macroeconómicos, pues la continuidad y avance de las políticas sociales que benefician a esos segmentos están limitados por la política macroeconómica ortodoxa, caracterizada por la reducción de gastos corrientes e intereses elevados. Tales intereses, a su vez, traen aumento del desempleo y mayor parte de gastos con intereses de la deuda pública y, consecuentemente, reducción de los recursos disponibles para las políticas sociales. Por lo expuesto, no parece plausible la hipótesis del conservadurismo en materia de política macroeconómica que Singer atribuye al subproletariado.

Es más plausible decir que el mantenimiento de la política macroeconómica de FHC no fue un factor que contribuyó para el realineamiento electoral de este grupo, sino para el realineamiento de las elites hegemónicas del bloque en el poder. El apoyo del subproletariado al gobierno de Lula, logrado con los programas de transferencia de renta y el aumento del salario mínimo, al lado del mantenimiento de la política económica, posibilitó

el mantenimiento de la dominación de la fracción bancario-financiera en el bloque en el poder. Más que eso, se completó el proceso de legitimación una vez que la hegemonía restringida de la fracción bancaria-financiera, durante el gobierno de FHC, se convierte en una hegemonía amplia, incorporando los segmentos fuera del poder. A pesar del mantenimiento y de la legitimidad del bloque en el poder durante el gobierno de Lula, los dos últimos años de su mandato, especialmente tras la profunda crisis internacional de 2008, comenzaron a aparecer cambios más estructurales en el bloque en el poder brasileño, potenciando fisuras en la hegemonía de la fracción en el fortalecimiento de otras fracciones (segmentos exportadores de las *commodities* y de parte de la industria nacional que pasó a recuperarse en términos absolutos) y de los efectos económicos e ideológicos de la crisis financiera internacional.

GOBIERNO DE DILMA: CRISIS INTERNACIONALES,
FISURAS EN EL BLOQUE EN EL PODER Y OPORTUNIDADES
PARA LA REANUDACIÓN DEL DESARROLLO

La reducción de los intereses adoptada por el banco de Brasil y la caja económica, así como el discurso contundente de la presidenta Dilma Rousseff el 1 de mayo de 2012, originaron cambios de los bancos privados en relación a los elevados intereses y *spreads*, cambios en las relaciones entre el sistema financiero y el Estado brasileño. ¿Sería tal cambio, resultante del estilo más contundente de la presidenta Dilma, en comparación con el más conciliador del ex presidente Lula? Los que creen en ello entienden que el poder estatal provenía del hecho de que poseía una fuerza propia distinta del poder de clase.

En esa visión simplista, la política económica sería configurada por medio de un diseño de especialistas destituidos de intereses de clase, bastando apenas al gobernante tener voluntad política para realizar cambios. Los economistas que adoptan esa línea vacían la política, pues dejan de lado los condicionantes internos al Estado (sus estructuras y disputas por el lugar político en que se traban los embates entre los segmentos dominantes del bloque en el poder y los populares), fundamentales para comprender “la construcción y la adopción de las medidas estatales”. Se argumenta aquí, que los recientes cambios en las relaciones entre la fracción bancario-financiera y el Estado brasileño no pueden ser aprehendidos sólo por el estilo de gobernar de la presidenta Dilma, sino que son fruto de los cambios en curso en Brasil y en el mundo que ha propiciado al Estado mayor autonomía relativa frente a las fracciones de clases.

En los dos últimos años del gobierno de Lula comenzaron a aparecer fisuras en la hegemonía de la fracción bancaria-financiera en consecuencia, tanto del fortalecimiento de otras fracciones (segmentos exportadores y de parte de la industria nacional) como de los efectos económicos e ideológicos de la crisis financiera internacional. La política deliberada de acumulación de divisas, que permitió las medidas anticíclicas de combate a la crisis internacional, evidenció la reducción de las restricciones externas del país. Entonces, se redujo el poder de los mercados financieros nacionales e internacionales en cuestionar la orientación de la política económica nacional a través de salidas abruptas de capital. Además, en el plano político/ideológico, la crisis internacional desgastó la teoría económica ortodoxa, cuya idea de que mercados financieros libres, asociados a bancos centrales independientes, serían los mecanismos más eficientes en promover el bienestar de la población

Los cambios en las relaciones entre el sistema financiero y el Estado brasileño (política monetaria menos ortodoxa, con reducción más rápida de la Selic, reducción de los intereses de los bancos públicos, etc.) quedaron más claras en el gobierno de Dilma y expresan la ruptura de la hegemonía del segmento bancario-financiero en el bloque en el poder. Esto no significa que el segmento dejara de obtener altas tasas de ganancia, pero que ya no tiene la capacidad de alcanzar sus objetivos por encima de los demás intereses de los demás segmentos del bloque en el poder y fuera de él; y que tiene menor influencia en la conducción del patrón de acumulación brasileño. Ninguna fracción, sin embargo, logró aún consolidarse como hegemónica en el bloque de poder, pues la trayectoria futura del patrón de crecimiento brasileño no está clara. Así, el Estado logra aumentar su autonomía relativa frente a los diversos intereses del bloque en el poder, configurando una oportunidad única para dirigir nuevos rumbos.

Parece claro que, desde 2006, la economía brasileña entró en un nuevo régimen de crecimiento, impulsado por la demanda, en el cual las políticas de distribución de renta y el crecimiento del mercado interno —con la incorporación de una amplia parte de la población antes excluida del consumo de bienes, las masas— tuvieron un papel fundamental. Especialmente en 2010-2011, sin embargo, los límites al modelo de crecimiento basado en el mercado interno y en la redistribución de la renta, combinado con el mantenimiento de intereses elevados y la apreciación cambiaria, se mostraron claros. Se observa un tipo de crecimiento con elevación del consumo de las familias, pero con bajo dinamismo industrial, caracterizado externamente por un acoplamiento pasivo a las cadenas productivas asiáticas que impulsa la reprimarización de la pauta exportadora y para la especialización regresiva de la estructura productiva. El consumo crece sin expansión de la

producción industrial, debido a la fuga de la renta hacia el exterior, con el aumento de las importaciones de manufacturas y la desarticulación de las cadenas productivas domésticas (aumento del contenido importado). En consecuencia, se reduce el poder multiplicador de las políticas sociales de transferencia de renta y aumento del salario mínimo. El sector privado, en particular la industria de transformación, sigue presentando resultados decepcionantes en producción física y crecimiento del PIB, suscitando debates sobre la desindustrialización. La capacidad ociosa de ese sector en niveles elevados, ha conducido a la retracción de las inversiones privadas a partir de 2011, que venían siendo fuente importante del crecimiento.

El mantenimiento de la formación bruta de capital fijo ha dependido cada vez más de las inversiones públicas (PAC y empresas estatales) que, a su vez, están limitadas por el mantenimiento de la meta de superávit primario. La actual fisura de la hegemonía de la fracción bancario-financiera en el bloque en el poder, que ha dado una mayor autonomía al Estado, es el momento oportuno para reanudar el debate acerca de un proyecto de desarrollo y de la recuperación de los instrumentos de planificación y fomento al desarrollo por parte del Estado. En este sentido, es necesario que el gobierno amplíe su capacidad de invertir (sobre todo en infraestructura) por medio de la flexibilización de la meta de superávit primario y de una descentralización de la gestión pública cada vez más concentrada en la presidenta Dilma, lo que reduce en mucho la velocidad de operacionalización de los procesos y procedimientos gubernamentales.

En contrapartida, sigue siendo fuerte y en ascenso la fracción de los segmentos industriales productores de las *commodities* y del agronegocio. Dado el fortalecimiento de tales segmentos, va siendo cada vez más difícil para el Estado brasileño desplazar parte del excedente generado por el sector hacia otros segmentos productivos intensivos en tecnología y productores de bienes salariales. De cualquier forma, el futuro de este segmento dependerá fuertemente de la demanda china y de la capacidad de ese país para mantener tasas elevadas de crecimiento en un contexto de empeoramiento de la crisis en Europa y un crecimiento lento de Estados Unidos.

CONSIDERACIONES FINALES

Este capítulo buscó mostrar que, en el gobierno de Lula, a pesar de la importancia de las políticas de redistribución de ingresos e inclusión social se mantuvieron las líneas generales del régimen de política económica (con la excepción de la mayor flexibilidad de la política fiscal a partir de 2005)

y se mantuvo el bloque en el poder del periodo FHC. En particular, reflejo de la hegemonía del sector bancario-financiero en un contexto de dependencia financiera externa y dominación financiera de la valorización que fueron la verdadera “herencia maldita” del gobierno anterior.

Así se suscitó un debate sobre el carácter del gobierno de Lula, es decir, en qué medida se diría que era un gobierno volcado a los trabajadores y a los más pobres, o apenas una continuidad con relación a las políticas neoliberales del gobierno anterior. La ambivalencia del gobierno de Lula fue bien expresada en el trabajo de Singer (2009), cuando este autor plantea factores determinantes para el realineamiento electoral en 2006 (la conquista del electorado de baja renta por parte de Lula), como resultado de la combinación de las políticas distributivas y la expansión del consumo de las masas con el mantenimiento de la política económica ortodoxa. Esta tensión reflejaba lo que el autor trata como la existencia de “dos almas” del Partido de los Trabajadores (Singer, 2010). Se argumenta que el análisis de Singer es incompleto, en la medida en que no trata la dinámica de los extractos de arriba, o sea, de los cambios que se procesaron en el interior del bloque en el poder. En la visión de los autores de este capítulo, no fue el conservadurismo del subproletariado que lo habría llevado a votar por Lula, siendo suficientes, para tanto, las políticas sociales y de generación de renta y empleo. Por el contrario, el mantenimiento de la política económica jugó contra las conquistas sociales en la medida en que limitó las expansiones aún mayores de tales conquistas, aún incipientes para el tamaño del abismo social existente en nuestro país. Por su parte, el mantenimiento de la política económica ortodoxa es la que es clave para el entendimiento de otro realineamiento, fundamental para comprender la sustentación del gobierno de Lula, en la medida en que se consolidó la hegemonía del sector bancario-financiero, incluso durante el gobierno del Partido de los Trabajadores, tradicionalmente crítico de esas políticas.

El análisis anterior buscó mostrar que la combinación entre política social y conservadurismo de la política económica del gobierno Lula no fue, como sugiere Singer, la fórmula que llevó al apoyo del subproletariado con el gobierno, ya que la política ortodoxa es opuesta a los intereses de esa fracción, porque restringe la capacidad financiera del Estado para mantener y ampliar la agenda social. La fracción burocrática (que tiene los puestos de mando de los centros de poder estatal) y la fracción hegemónica (aquella que puede imponer su proyecto al resto de la sociedad), dada las diferencias expuestas entre la fracción gobernante (la que tuvo éxito electoral) en el gobierno de Lula con las fuerzas progresistas históricamente representadas por el Partido de los Trabajadores fueron poco a poco atendidas con las políticas sociales, pero la victoria en las elecciones no fue suficiente para

cuestionar la hegemonía de la fracción bancario-financiera en el bloque del poder —dada la permanencia de la situación de dependencia financiera consolidada en el gobierno FHC— que siguió ejerciendo una fuerte influencia sobre la política económica y sobre el nombramiento para cargos de los principales centros de poder del Estado, en especial el banco central.

La situación externa, sin embargo, favorable en el periodo de 2003 a 2007 y los desdoblamientos de la crisis de 2008, crearon un escenario de reducción de la dependencia financiera externa que, poco a poco, ha reducido el poder de influencia del sector bancario financiero. Éste se valió por años de lo que Paulani (2008) llamó apropiadamente de “estado de emergencia económico”, que supuestamente justificaría la adopción de las políticas ortodoxas en virtud de las frecuentes e inminentes “amenazas a la seguridad nacional”, derivadas de la posibilidad de fugas de capital, crisis en los cambios y la vuelta de la inflación. La reducción de la influencia de la fracción bancario-financiera, en un momento en que aún no se configura una nueva hegemonía, concedió al Estado una rara autonomía ante las fracciones de clase. La presidenta Dilma se enfrentó entonces con una situación política bastante diferente de aquella con la que se enfrentó al presidente Lula en 2003.

En cambio, la existencia de las empresas estatales y de los bancos públicos (Caja Federal, Banco de Brasil y BNDES) fue fundamental en el contexto de crisis para el mantenimiento de las inversiones y del crédito. Se mostraron importantes centros de poder de la acción del Estado, no dominados por la influencia de la fracción hegemónica. Es cierto que, hasta el momento, las iniciativas de política del gobierno, destinadas a estimular el crecimiento, han sido fragmentadas, sin organicidad, en parte por el desmantelamiento de la capacidad de planificación y actuación del Estado promovido por las políticas neoliberales en los años 1990. Después de la crisis, sin embargo, crece la influencia, tanto en el medio académico y en el gobierno, de que el Estado debe desempeñar un papel fundamental en la reanudación del desarrollo.

La coyuntura económica, tras la crisis, también mostró los límites del modelo de crecimiento que asocia la redistribución de la renta y el consumo de masas con ortodoxia de la política económica, la cual perduró en el gobierno de Lula. El resultado de esta combinación fue la expansión del consumo, pero con fuerte fuga de la demanda hacia el exterior, con claros límites en cuanto a su sostenibilidad o, al menos, en cuanto a las tasas de crecimiento que de él se puede disfrutar, sea por la especialización regresiva de las exportaciones, ya sea por la desagregación de las cadenas productivas domésticas y la consiguiente reducción de los efectos multiplicadores de las políticas redistributivas que expanden la demanda. Con el aumen-

to de la competencia ofrecida por China, ávida por nuevos mercados en que puedan desovar sus productos manufacturados ante la crisis en Estados Unidos y Europa, está claro que, además de políticas de demanda, será necesario también tener políticas para ampliar las inversiones para aumentar la competitividad e innovar el sector productivo brasileño.

Reorganizar el país para un nuevo ciclo de desarrollo, con inclusión social y autonomía, no será tarea fácil ante la coyuntura internacional desfavorable y la amenaza real de un acoplamiento pasivo a Asia, ya en curso. Dada, sin embargo, la reducción de influencia de la fracción bancario-financiera sobre las decisiones la política económica, esa es la oportunidad de que el país rompa definitivamente con la dominación financiera, con el patrón rentista de acumulación y la inserción externa subordinada, heredados del periodo de FHC, que hace casi dos décadas ha impedido el crecimiento sostenido.

BIBLIOGRAFÍA

- Arestis, P., Sawyer, M. (2003), *Inflation Targeting, a Critical Appraisal*, septiembre, The Levy Economics Institute of Bard College, Working Paper.
- Barbosa, N., J.A.P.A Souza (2010), “Inflexão do governo Lula, política econômica, crescimento e distribuição”, en A. Sader, M. Brasil Garcia, *Entre passado e o futuro*, São Paulo, Fundação Perseu Abramo/Boitempo.
- Barbosa, N., J.A.P.A Souza (2011), “Oportunidades e desafios criados pelo desenvolvimento chinês ao Brasil”, en *BRASIL e China no reordenamento das relações internacionais*, Brasília, Fundação Alexandre de Gusmão.
- Barro, R. y D. Rules Gordon (1983), *Discretion and Reputation in a Model of Monetary Policy*, febrero, NBER (Working Paper Series, núm. 1079).
- Bruno, M., H. Diawara, E. Araújo, A.C. Reis y M. Rubens (2011), “Finance-led growth no Brasil, estatuto teórico, evidências empíricas e consequências macroeconômicas”, en *Revista de Economia Política*, vol. 31, núm. 5, pp. 730-750, edição especial.
- Busato, M., R. Moreira y A. Cavalcanti (2009), “A dinâmica inflacionária no new Consensus, Uma análise crítica”, en *Análise Econômica* (ufrgs), vol. 27.
- Cardoso, F.H. (1975), “Faletto, e. dependência e desenvolvimento na América latina”, en *Ensaio de interpretação sociológica*, Rio de Janeiro, Zahar.
- Cardoso, F.H. (1980), *As ideias e seu lugar, ensaios sobre as teorias do desenvolvimento*, São Paulo, Vozes.
- Cardoso, F.H. (1994), *Reforma e imaginação, folha de São Paulo, Caderno mais!*, 10 de julio.

- Cardoso, FH. (1995), *Desenvolvimento, o mais político dos temas econômicos, folha de São Paulo, caderno mais!*, 28 de mayo.
- Chesnais, F. (2005) “O capital portador de juros, acumulação, internacionalização, efeitos econômicos e políticos”, en F. Chesnais (org.), *A finança mundializada*, São Paulo, Xamã.
- Cintra, M. y L. Acioly (2012), “O financiamento das contas externas brasileiras, 2003-2010”, en A. Monteiro *et al.*, *Brasil em desenvolvimento 2011*, Brasília, IPEA.
- Codato, A.N. y R.M. Perissinotto (1997), *Sistema estatal e política econômica no Brasil pós-64*, São Paulo, Hucitec.
- Codato, A.N. y R.M. Perissinotto (2001), “O estado como instituição, uma leitura das “Obras históricas” de Marx”, en *Crítica Marxista*, editora Revan, núm. 13.
- Filgueiras, I. y R. Gonçalves (2007), *A economia política do governo Lula*, Rio de Janeiro, Contraponto.
- Fiori, J.I. (1994) *Os moedeiros falsos, folha de são paulo, Caderno mais!*, 3 de julio.
- Gonçalves, R. (2005), *Economia política internacional, fundamentos teóricos e as relações internacionais do Brasil*, Rio de Janeiro, Elsevier.
- Gramsci, A. Maquiavel (1978), *A política e o estado moderno*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Lopreato, F. (2006), *O papel da política fiscal, um exame da visão convencional*, Campinas, UNICAMP, ie, fev, (Texto para Discussão, núm. 119).
- Lowy, M. (1989), *As aventuras de Karl Marx contra o barão de Munchhausen*, São Paulo, Cortez.
- Macedo, A. y C. Aantos (2008), *Além do curto prazo? explorando os nexos entre a teoria pós keynesiana e a macrodinâmica de fluxos e estoques*, Campinas, UNICAMP, ie, (Texto para Discussão, núm. 141).
- Marques-Pereira, J. y M. Bruno (2010), “Institucionalidade e política econômica no Brasil, uma análise das contradições do atual regime de crescimento pós-liberalização”, en S. Vianna, M. Bruno y A. Modenese (orgs.), *Macro para o desenvolvimento*, Brasília, IPEA.
- Marx, Karl (1986), *As lutas de classes na França (1848-1850)*, São Paulo, Global.
- Marx, Karl (2002), *O 18 brumário e cartas a kugelman*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- Oliveira, F. (2003), *Crítica à razão dualista/o ornitorrinco*, São Paulo, Boitempo.
- Oliveira, F. (2010), “Hegemonia às avessas”, en F. Oliveira, R. Braga y C. Rizek (orgs.), *Hegemonia às avessas, economia, política e cultura na era da servidão financeira*, São Paulo, Boitempo.

- Oliveira, N. (2004), *Neocorporativismo e políticas públicas*, São Paulo, edições Loyola/Ceas.
- Paulani, I.M. (2006), “O projeto neoliberal para a sociedade brasileira, sua dinâmica e seus impasses”, en J.C.F. Lima y L.M.W. Neves (orgs.), *Fundamentos da educação escolar do Brasil contemporâneo*, editora da Fio-cruz.
- Paulani, I.M. (2008), *Brasil delivery, servidão financeira e estado de emergência econômico*, São Paulo, Boitempo editorial.
- Paulani, I.M. (2009), *A crise do regime de acumulação com dominância da valorização financeira e a situação do Brasil*, estudos avançados, São Paulo, USP, vol. 23, pp. 25-39.
- Paulani, I.M. y C.G.G. Pato (2005), “Investimentos e servidão financeira, o Brasil no último quarto de século”, en J.A. Paula (org), *Adeus ao desenvolvimento, a opção do governo Lula*, São Paulo, autêntica editora.
- Pinto, E. (2010), “Bloco no poder e governo Lula”, tesis de doctorado, Instituto de Economía, Universidad e Federal do Rio de Janeiro.
- Poulantzas, N. (1977), *Poder político e classes sociais*, São Paulo, Ed. Martins Fontes.
- Poulantzas, N. (1985), *O estado, o poder, o socialismo*, Rio de Janeiro/rj, Graal.
- Przeworski, A. (1988), “Marxismo e escolha racional”, en *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 3, febrero.
- Santos, T. (2000), *A teoria da dependencia, balanço e perspectivas*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Serrano, F. (2009), “Política macroeconômica e estratégia de desenvolvimento”, en J. Sicsú y A. Castelar, *Sociedade e economia, estratégias de crescimento e desenvolvimento*, Brasília, IPEA.
- Setterfield, M. (2007), “Is Inflation Targeting Inimical to Employment?”, en *The Meetings of the Eastern Economic Association*, New York, febrero.
- Singer, A. (2009), “Raízes sociais e ideológicas do lulismo”, en *Novos Estudos Cebrap*, núm. 85, noviembre.
- Singer, A. (2010), “A segunda alma do partido dos trabalhadores”, en *Novos Estudos Cebrap*, núm. 88, noviembre.
- Taylor, J.B. (2000), “Teaching Modern Macroeconomics at the Principles Level”, en *The American Economic Review*, vol. 90, núm. 2, mayo, pp. 90-94.
- Teixeira, R.A. (2003), “Positivismo, historicismo e dialética na metodologia da economia”, tesis de maestría, São Paulo, IPE/USP, .
- Teixeira, R.A. (2007), “Desenvolvimento, dependência e dominância financeira, a economia brasileira e o capitalismo mundial”, tesis de doctorado, Instituto de Pesquisas Econômicas, Universidade de São Paulo.